

PRÓLOGO

Como el lector inmediatamente apreciará, el panfleto que tiene entre sus manos se ordena civilizadamente, pese al caos que suele acompañar a los textos de esta naturaleza, en cuatro capítulos. No está de más que demos cuenta, someramente, de lo que, mal que bien, encontrará en cada uno de ellos.

El primero de esos capítulos se interesa por la crisis en curso o, por decirlo mejor, por *las crisis*, en plural. Y es que detrás de la crisis financiera que concita todas las atenciones hay otras sin duda más graves. Hablamos del cambio climático, del encarecimiento inevitable en los precios de la mayoría de las materias primas energéticas que empleamos y del expolio de los recursos humanos y materiales de los países del Sur. Este escenario de crisis múltiple dibuja un panorama mucho más delicado —se diga lo que se diga— que el que se abrió camino en 1929, tanto más cuanto que hoy, a diferencia de lo que ocurría ochenta años atrás, nos topamos con un problema de relieve difícilmente rebajable: los límites medioambientales y de recursos del

planeta. Hora es ésta de certificar que, frente a ello, las respuestas neoliberal y socialdemócrata se antojan dramáticamente insuficientes en un momento en el que sobran las razones para afirmar que lo que está experimentando una activa, y acaso terminal, corrosión no es el capitalismo desregulado —como por todas partes se sugiere—, sino el capitalismo en sí mismo, también en sus versiones presuntamente reguladas.

El segundo de los capítulos se propone exponer pedagógicamente qué es lo que nos dice una propuesta de cariz rompedor que va ganando terreno en el Norte opulento: el decrecimiento ha permitido abrir un nuevo, y estimulante, frente de batalla contra el capitalismo. Aunque esa propuesta reclama reducciones significativas en los niveles de producción y de consumo en los países ricos, reivindica, más aún, y como veremos, una reorganización general de nuestras sociedades sobre la base de principios y valores muy diferentes. Si a principios del siglo XXI, y en el Norte rico, no tiene sentido imaginar un proyecto de contestación del capitalismo que no sea al tiempo decrecimentalista, autogestionario y antipatriarcal, lo suyo es que peleemos para esquivar aquellas modalidades del decrecimiento que estimen que es posible acometer éste sin cuestionar al tiempo el orden capitalista, con sus aditamentos de explotación e injusticia, por un lado, y de agresiones contra la naturaleza, por el otro.

El capítulo tercero propone una excursión sobre varias de las concreciones orgánicas contemporáneas que la *izquierda* muestra entre nosotros. Permítasenos que ahora, como en las páginas de ese capítulo, rehuyamos cualquier sesuda discusión sobre lo que significa ese término, *izquierda*, que acabamos de emplear y subrayemos que nuestro

examen se contenta con glosar —de la mano de reflexiones sobre el Partido Socialista, Izquierda Unida, Comisiones Obreras, la Unión General de Trabajadores y algunas instancias más— los dobleces de la respuesta ante la crisis que emerge en muchas organizaciones como las mencionadas y, más aún, la dificultad de atisbar en la mayoría de ellas horizontes que trasciendan, hablando en plata, el universo del capitalismo. Bien puede tener la razón Slavoj Žižek cuando sugiere que el principal perdedor de esta crisis no va a ser el capitalismo, sino, una vez más, una izquierda desprovista de arrestos y de proyecto alternativo. Frente a tantas carencias como las que exhibe la *izquierda política*, en esas páginas se recuerda, de cualquier modo, que la *izquierda social* —en la que no faltan, bien es cierto, los problemas— mantiene enarboladas banderas de resistencia y formas de organización que a menudo confluyen en ese proyecto anticapitalista, decrecimentalista, autogestionario y antipatriarcal del que hemos hablado unas líneas más arriba.

El panfleto se cierra, en suma, con un puñado de conclusiones que obedecen tanto al propósito de resumir las tesis principales que manejamos en estas páginas como al de sugerir horizontes de futuro diferentes de los que nos ofrecen al unísono Gobiernos, fuerzas políticas, sindicatos y poderosos medios de comunicación.

Algunos de los textos que, las más de las veces muy modificados, se incluyen en estas páginas han visto la luz antes en periódicos, libros o revistas. Es el caso de los trabajos “Ojo con los sindicatos”, incluido en mi libro *Neoliberales, neoconservadores, aznarianos. Ensayos sobre el pensamiento de la derecha lenguaraz* (Catarata, Madrid, 2008), págs. 38-41; “El calvario de IU”, en *Público* (12 de marzo

de 2008); "Sobre el término 'decrecimiento' y sus usos", en *Diagonal* (nº 99, 2-15 de abril de 2009); "¿Y esto es la sostenibilidad?", en *Público* (23 de mayo de 2009); "Izquierda social y abstención", en *Público* (21 de julio de 2009); "¿El final de la crisis?", en *La Vanguardia* (13 de septiembre de 2009); "Críticos del decrecimiento", en *Diagonal* (nº 113, 12-15 de noviembre de 2009); "El vértigo de la historia", en *Público* (24 de noviembre de 2009), y "Nuestros deberes, lejos de Copenhague", en *Boletín ECOS* (nº 9, noviembre-diciembre de 2009).

CARLOS TAIBO, *enero de 2010*

CAPÍTULO I LA CRISIS

Nos hemos acostumbrado a hablar de *la crisis* en singular. De esta manera aceptamos implícitamente que nos hallamos, en los hechos, ante una única crisis: la que hemos dado en etiquetar como *financiera*. Sobran las razones para concluir, sin embargo, que en la trastienda hay otras crisis tanto más importantes cuanto que se antojan de resolución mucho más complicada que ésta que tanto interés suscita en los medios de comunicación. Tal vez por eso se les presta mucha menor atención.

Reduciremos a tres las *otras crisis* que, olvidadas, se hallan en la trastienda del debate público. La primera de ellas es, cómo no, el cambio climático, un proceso muy activo que no tiene —veamos las cosas como las veamos— ninguna consecuencia saludable. No sólo eso: sobran las razones para afirmar que, Kyotos y Copenhague de por medio, las respuestas hasta ahora alentadas por Gobiernos y organismos internacionales —como es sabido, con niveles de consenso más bien precarios— son poco más que un parche que, a duras penas, permite encarar el problema

principal. Una segunda crisis de relieve la aporta el agotamiento progresivo, y el inevitable encarecimiento de los precios, en el medio y el largo plazo, de la mayoría de las materias primas energéticas que empleamos. También aquí hay que señalar que las medidas hilvanadas para afrontar una situación tan delicada como ésta brillan por su ausencia, cuando no se vinculan con una fe ciega e irracional en la aparición de dispositivos y tecnologías que resolverán mágicamente los problemas. La tercera, y última, de las crisis olvidadas es bien conocida desde mucho tiempo atrás: nos referimos a la que se vincula con el expolio de los recursos materiales y humanos de los países pobres —pensemos quiénes son, hablando en serio, los *piratas* que operan en el mar cercano a las costas de Somalia—, rotundamente acelerado de la mano de la globalización capitalista a través de procesos como la biopiratería, la deuda del carbono, las agresiones dirigidas contra la soberanía alimentaria o, en suma, el trasvase de residuos. Sorprende que a la hora de considerar el escenario de zozobra en el que vivimos, casi todos los estudiosos que escriben desde el mundo opulento prefieran olvidar que la mayoría de los habitantes de los países pobres añoraría disfrutar de unas pocas horas del punto más crítico de nuestra recesión económica.

1

Hay quien ha sugerido que el escenario del momento recuerda poderosamente al de la crisis de 1929. A buen seguro que quien recurre a semejante comparación no lo hace con el propósito de transmitir tranquilidad: no podemos olvidar que al fin y al cabo la crisis de 1929 estuvo en

el origen del asentamiento de los fascismos en la Europa del decenio de 1930 y, si así lo queremos, sirvió también de fundamento para que la Segunda Guerra Mundial se hiciera realidad.

Y, sin embargo, parece que la comparación que acabamos de rescatar se queda corta en al menos dos sentidos importantes. El primero nos recuerda, a tono con lo que hemos dicho unas líneas más arriba, que la crisis —en singular— de 1929 resultó ser sensiblemente menos compleja que las crisis de hoy. Por decirlo de otra manera: si cada una de estas últimas, por separado, es suficientemente inquietante, la combinación de todas ellas puede resultar literalmente explosiva. El segundo sentido subraya —sobre ello volveremos— que en estas horas resulta singularmente visible un problema central que obliga a repensar todas las relaciones: los límites medioambientales y de recursos del planeta se presentan hoy como un escollo decisivo para el despliegue material de muchas de las respuestas a la crisis que emergen de los circuitos tradicionales. Tal y como hemos anticipado en el prólogo, parece que no es preciso agregar que esta última condición no se hacía valer —o se hacía sentir con mucha menor fuerza— ochenta años atrás.

2

Acabamos de referirnos a las respuestas a la crisis que emergen de los circuitos tradicionales. Aunque distinguir una de otra responde antes a un propósito pedagógico de dudoso alcance que a la certificación de que sean realmente diferentes, bien podemos acogernos a la idea de que esas respuestas nacen de dos árboles: el neoliberal y el socialdemócrata.

La principal, y paradójica, concreción del programa neoliberal en estos últimos años la han configurado los programas de rescate de instituciones financieras al borde de la quiebra abrazados por muchos de los gobiernos de la Unión Europea y, naturalmente, por el gobierno norteamericano. Esos programas de rescate han cobrado cuerpo al calor de la declaración de un estado de excepción que aconsejaría cancelar, en supuesto beneficio de todos, las reglas del juego básicas —o la ausencia de ellas— entronizadas por el discurso neoliberal. Invocamos una paradoja porque no deja de tener gracia que muchos de quienes durante casi tres decenios han reclamado militar y orgullosamente la cancelación de toda función económica del lado de los poderes públicos acudan ahora presurosos a demandar la intervención salvadora de estos últimos. Lo que se barrunta por detrás de esos programas —abrazados también, dicho sea de paso, por la socialdemocracia realmente existente— no es otra cosa que el designio de reflotar un puñado de inmorales empresas con la vista puesta en permitir que, en un periodo de tiempo razonablemente breve, vuelvan literalmente a las andadas. Al respecto, lo suyo es hacer uso de un termómetro tan interesante como ignorado, como es el que subraya que faltan noticias que den cuenta del procesamiento legal de los responsables de esas empresas (a lo más que se llega es a reclamar, para el futuro, irrisorias limitaciones en los ingresos de esas personas). Semejante circunstancia aconseja concluir que el mensaje no puede ser más claro: repitan ustedes lo que hicieron porque nada les va a pasar.

En un terreno más conceptual, el proyecto neoliberal que ahora nos ocupa tiene su mejor botón de muestra en las reiteradas declaraciones del presidente francés Sarkozy

en el sentido de que lo que corresponde hacer es *refundar el capitalismo* de la mano —cabe suponer— de un intervencionismo estatal descaradamente al servicio de connotados intereses privados. En la visión de Sarkozy, como en la de tantos otros, el despliegue material del programa neoliberal ha dado pie a algunos abusos indeseables —e inevitables, toda vez que las crisis formarían parte de la naturaleza insorteable de las cosas— que conviene cancelar. La fórmula, que olvida que lo que constituye un abuso en toda regla es el propio proyecto neoliberal, no puede ser menos sagaz. Las cosas como fueren, mientras se anuncian medidas que se reclaman retóricamente de un capitalismo más regulado, se mantienen sobre el terreno todos los instrumentos que permitieron el despliegue de los abusos antes mencionados. Ahí está, para testimoniarlo, el tratado de Lisboa, un texto aberrantemente desregulador, que socialdemócratas, conservadores y liberales siguen empeñados en convencernos de que es la salida mágica para la Unión Europea de estas horas.

Aunque más sorprendente resulta, bien es cierto, lo que ocurre en el terreno de la teoría: los mismos que llevan decenios repitiendo que el beneficio privado acaba por mejorar la situación de todos no aprecian, al parecer, problema alguno en su tesis tras las lecciones que, no por conocidas, nos ha puesto delante de los ojos la crisis financiera en curso.

3

No sale mejor parada, claro, la respuesta socialdemócrata. En este caso nos limitaremos a reseñar los que parecen sus dos problemas principales. El primero no es otro que

el hecho, fácilmente certificable, de que nuestros socialdemócratas —o al menos las personas que a sí mismas se describen con esa etiqueta— llevan mucho tiempo abrazando, con desparpajo, políticas neoliberales. El efecto principal es que han perdido el hábito de asumir y desplegar proyectos de cariz diferente. Por si fuera poco, y en este mismo terreno, han acatado en los dos últimos decenios un sinfín de reglas restrictoras de lo que pudiera ser un proyecto socialdemócrata moderadamente respetable. Así lo demuestran, en el caso señero de la Unión Europea, el tratado de Maastricht y el propio tratado de Lisboa, que reflejan dramáticamente cómo la familia socialista/socialdemócrata dentro de la Unión ha perdido sus señas de identidad en provecho de las de conservadores y liberales. ¿Cuándo ha defendido esa familia, por cierto, criterios de convergencia asentados en el pleno empleo, la desaparición de la pobreza, la garantía de una vivienda digna para todos y la solidaridad con los países pobres? ¿Imagina el lector que la pertenencia de un país a la Unión Europea se viera suspendida por no dar satisfacción a uno o varios de estos criterios?

El segundo de los problemas que arrastra la socialdemocracia cuando dice defender una activa intervención del Estado en la economía que, entre otras pulsiones, tire de la demanda es el que nace de los límites medioambientales y de recursos del planeta de los que ya hemos hecho mención. Subrayemos una vez más que, a diferencia de lo que sucedió después de 1929, hoy esta cuestión es vital y debiera marcar poderosamente —con toda evidencia no lo hace— cualquier tipo de proyecto que piense, siquiera marginalmente, en el futuro. Cuando los gobernantes españoles del momento, hechizados por el *cortoplacismo*

electoral más aberrante, nos cuentan que uno de los elementos centrales para dejar atrás la crisis es el que pasa por la obra pública en infraestructuras de transporte —trenes de alta velocidad y autopistas, para entendernos—, harían bien en recordarnos quiénes utilizan los primeros —los miembros de las clases pudientes— y quiénes podrán emplear las segundas cuando, dentro de pocos años, y por lógica, el litro de gasolina haya experimentado un incremento muy sensible en su precio. Y lo que decimos de trenes de alta velocidad y autopistas podemos afirmarlo también de los satélites de comunicación, de los dispositivos que permiten el despliegue de la telefonía móvil o de los cables submarinos y de la fibra óptica que hacen que Internet sea una realidad. Son éstas, claro, las preguntas que nuestros gobernantes prefieren no responder.

Agreguemos que conviene abandonar cualquier ilusión en lo que se refiere a las posibilidades de un *capitalismo verde*, que en último término, y como lo retrata Jean-Pierre Tertrais, aspiraría a contaminar un poco menos para contaminar más tiempo. Conviene, en otras palabras, liberarnos de toda la palabrería hueca que rodea al “desarrollo sostenible”, las empresas “cívicas”, la “responsabilidad social corporativa” o las etiquetas éticas. Hay muchas razones para concluir que el propósito principal, por no decir único, de toda esta parafernalia es permitir, sin más, un lavado de cara de empresas que, eso sí, bien necesitadas están de él.

Así las cosas, y volvamos a la socialdemocracia, parecen servidas dos conclusiones. Si la primera nos recuerda que su zambullido en la piscina neoliberal por fuerza ha restado apoyos electorales a las fuerzas políticas que nos ocupan —para qué votar a la copia descafeinada pudiendo

hacerlo por el original—, la segunda confirma algo que ya sabíamos: no hay que dar crédito alguno a la idea de que existe la posibilidad de una gestión civilizada del capitalismo, que es lo que, al cabo y desde hace mucho, nos propone la socialdemocracia.

4

De lo que hemos señalado hasta ahora se sigue —parece— que estamos obligados a deshacernos de una ilusión óptica más: la que nos sugiere que, una vez dejadas atrás la crisis y la recesión en curso, mal que bien veremos reaparecer el escenario anterior a una y otra, esto es, el escenario de un crecimiento económico bonancible. Semejante percepción ignora, claro, una de las consecuencias principales derivadas de la acumulación de problemas de orden dispar de la que hemos hablado unas páginas atrás: aun cuando los efectos de la crisis financiera puedan quedar atrás —convengamos en que es difícil que, hablando en serio, tal cosa ocurra en plenitud—, los de las demás no sólo pervivirán, sino que, más aún, habrán experimentado una inquietante aceleración.

Lo que acabamos de decir se antoja particularmente cierto en lo que se refiere al derrotero que parece llamado a experimentar el cambio climático, cada vez más agudo y más fácil de percibir en sus diferentes manifestaciones, y al encarecimiento del grueso de las materias primas energéticas que empleamos, cada vez más próximo y con secuelas más difíciles de esquivar. Si hay que tomar el pulso a lo que tenemos entre manos, bastará con echar una ojeada a las estimaciones que instancias públicas y privadas